

## DESEMPLEADA

Mi cuenta del banco decía tres pesos y setenta y cinco centavos. Tenía años llevando un perfecto manejo de mis finanzas. Un documento de Excel con dos columnas, la de ingresos y gastos. No me permitía gastar más de la cuenta. El último año, la ansiedad se apoderó de mí en todas las áreas. No lograba enfocar en nada. Extrañaba mucho a mis abuelitos que viven en Monterrey. Su casa me trae recuerdos hermosos. Es el único lugar al que puedo regresar y sentir que la vida no ha transcurrido. Decidí hacer un viaje de tres días y pasar el mayor tiempo que pudiera. Desconectarme de las responsabilidades de casa y del trabajo. Tenía el dinero exacto y esta vez me quedaría sin efectivo para el siguiente mes. Hice unas cuantas cuentas y me aventé. Al regresar del viaje, mi trabajo me esperaba. Pensé que al recibir el siguiente pago podría ir normalizando las cuentas de nuevo.

Mi trabajo era estable. Llevaba trabajando cinco años ahí. El último año, a pesar de la ansiedad y de que toda mi vida era un caos, di lo mejor de mí. Hice cosas que nadie más hizo. Cualquier cosa que se sacaran de la manga para hacernos tropezar, yo fui la primera en salir adelante. Terminé el año sintiéndome satisfecha con el trabajo y segura de que tenía ese trabajo estable y mi economía balanceada.

Revisaba todos los días la cuenta en la aplicación de mi celular y nunca me había sentido tan preocupada. Algo en mí me decía que comenzara a hacer otras cosas para tener un ingreso extra. Soy maestra de inglés. Decidí anunciar que estaría dando asesorías y clases particulares. Recibí tres alumnos y comencé a trabajar con ellos. Agradecí el momento en que mi cuenta aumentó unos cuantos pesos y no estaría completamente desbalanceada.

A pocos días de reanudar las clases en la escuela donde trabajaba me percaté de no tener una notificación de mis clases. Llamé inmediatamente a la que en ese momento era mi jefa. Su única respuesta fue —No tengo clases para ti. — me dijo con una voz calmada y sin titubear—.

Me quedé helada del otro lado de la bocina. Sentí como el aire se me terminaba y no podía entrar más a mi cuerpo. En ese momento recordé aquellos números, “tres pesos y setenta y cinco centavos”. —No me puedes decir eso, ¿cuál es la razón? He trabajado muy bien. ¿Acaso hubo alguna queja sobre mi trabajo? — Le pregunté. Mis manos temblaban sin poder controlarlas.

—No, no se abrieron grupos suficientes y no puedo ofrecerte nada. Lo siento, solo cumplo con mi trabajo. Yo también soy una empleada. — Fueron sus últimas palabras. Comprendí su

postura. No quise reclamar y traté de contener las lágrimas. Agradecí por el tiempo que me dieron oportunidad de trabajar ahí y por la experiencia profesional. Colgué el teléfono. Me quedé parada en medio de la sala de mi casa. Vi hacía todos lados y lo primero que me vino a la mente. ¿Cómo voy a solventar los gastos con los que estoy comprometida? Tengo tres hijos. Dos de ellos cursando secundaria en una escuela privada. Mi esposo ha sido un excelente apoyo para mí. Y los gastos de la educación de mis hijos han sido mi responsabilidad desde siempre. Fue ese momento en el que sentí que el mundo cayó sobre mis hombros. Me encontraba sin trabajo, sin dinero y con unas cuentas que saldar.

Lloré, lloré a mares. Me senté en un rinconcito oscuro. Me permití sentir aquel dolor más nunca lo vi como una falla. Afortunadamente, la ansiedad provocada por aquel exceso de trabajo, las obligaciones de casa, mamá y querer emprender en el arte de las letras, me llevaron a visitar a un psicólogo. En el proceso he aprendido a permitirme sentir lo bueno y lo malo. Esta vez era malo, un profundo sentimiento de incertidumbre. Después de varias horas encerrada en mi angustia, salí del cuarto. Le conté a mi esposo que acababa de llegar, lo que había pasado. Me vio a los ojos y me dijo —Es lo que querías, tu libertad. Ahora puedes hacer lo que quieras. — Secándome las lágrimas y recobrando el aliento le dije —es verdad. — Yo lo dije muchas veces.

Ese trabajo era uno de los detonadores de mi ansiedad. Tenía tiempo sintiendo un gran vacío y que las cosas que antes me entusiasmaban ahora eran una obligación. Perdí el gusto por la docencia. En aquel lugar las obligaciones administrativas crecían y crecían y no había espacio para poder desarrollarse como profesor en toda la extensión de la palabra. Cada junta era una lista larga de cosas por hacer, pero de dar una clase bien planeada, de utilizar estrategias de enseñanza, de la motivación de los alumnos, nadie hablaba. Terminaba las clases pensando

—¿En qué momento daré clases con todos los anuncios y cosas que hay que hacer? —

Después de aquellas palabras salí a tomar un poco de aire al patio. Me senté viendo al cielo y me pregunté —¿Para qué me está pasando esto? — La respuesta era demasiado clara; —eres libre, haz lo que tu corazón te está gritando desde hace meses que hagas. Encuentra tu camino. —

Abracé a mi esposo con mucha fuerza. Necesitaba sentirme protegida y respaldada. Después de recargar la energía, entré de nuevo a mi cuarto. Tomé el teléfono y me comuniqué con mis

amigas. Les conté lo que estaba pasando. Como cada vez que lo he necesitado, encontré en ellas esa paz, fuerza y apoyo incondicional.

Lo siguiente sería hacer un plan para que mis finanzas no se vieran afectadas de gran manera. Me senté con mis hijos y les expliqué la situación. —Tendremos que reducir gastos y muy probablemente tengamos que cambiarlos de escuela. — Los tres asintieron, me abrazaron en señal de apoyo. Lloré de nuevo en una mezcla de emociones.

Me apoyé en mis amigas para anunciar que estaría dando clases de inglés por mi cuenta. La voz se corrió como pólvora. Al día siguiente mi agenda comenzó a llenarse. El teléfono y los mensajes comenzaron a llegar sin parar. Quise ver aquello como un golpe de suerte, pero en realidad sé que el haber cerrado un ciclo en un lugar donde ya había cumplido mi tiempo, me estaba regalando esta nueva realidad. Agradecí, agradecí infinitamente. Encendí una vela blanca. Levanté los brazos y a quien sea que esté guiando mi camino le agradecí por todo esto.

Ahora, me dedico a dar clases a personas que desean aprender. Ellos llegan a mí motivados. Estoy recobrando esas ganas de transmitir lo que yo misma he aprendido con los años. La ansiedad sigue aquí. A veces llega en medio de la noche. Otras veces durante el día cuando hay cosas que se salen del plan. Pero no se compara con la ansiedad que me provocó una crisis de nervios el año pasado.

Ahora no me preocupo por los números en mi cuenta del banco. Duermo tranquila en las noches. Despierto sin necesidad de poner una alarma. Preparo el desayuno para mi familia. Salgo a caminar con mis perros. Tomo un baño. Me preparo un café y me siento a leer. Antes de comenzar con mis clases, me doy el tiempo de escribir y de desahogar mis pensamientos en estas letras. Y antes de todo eso, agradezco por lo que tengo, por lo que soy y por todo aquello que viene a mí y que aún desconozco.

Hay veces que sentimos que la vida se nos acaba. No es una guerra, no es una pandemia, no es el fin del planeta, sino el fin del mundo en el que nos acomodamos y sentimos que es para siempre. ¿Cuál es el siguiente reto? Tener presente que cualquier cosa que haga de ahora en adelante no será nada segura. Lo único que es seguro es que mis hijos estarán aquí, mi esposo estará aquí, mi tribu estará aquí.